

Lo del masaje como recurso estético, me hace pensar si deberíamos ser más indulgentes aún de lo que lo somos con los maridos que administran pescozones, coces y puñadas á sus mitades. De hoy más pueden escudarse, justificar sus procederés, con la protesta de que ellos se limitan á cuidar y conservar la belleza de sus consortes, mediante un procedimiento análogo, pero infinitamente más económico que el del doctor... Nada de nombres, nada de reclamos; que á estas horas (yo conozco, no á la mujer, sino á la humanidad) entre las que me leen, más de una arde en deseos de abonarse al estético Instituto.

\* \*

Y ya que he aludido á los maridos que presintieron el método del doctor X..., no quiero pasar en silencio que estos días, como sabrán cuantos leen periódicos, se ha visto la causa de «la esposa martirizada,» y el reo, el interesante González Maestre, salió sentenciado á veintidós años de presidio, amén de los que le cayeron de propina por el medallón de la duquesa de Bailén; y en un diario encuentro comentada así la sentencia: «Bien vengada queda la esposa mártir.»

¡Bien vengada! Pero ¿se trata de venganza? Los que no somos esa esposa infelicitísima; los que somos sencillamente la conciencia pública sublevada y en estado de exasperación, ¿quedamos satisfechos? Sí, á la fuerza, porque acaso la ley no nos da otra solución; la ley, el formulismo de lo legal. Nos satisfacemos, ¡qué remedio! Dentro, en nuestra alma, protestamos. La pena impuesta á ese hombre es manteca; y debiera, en razón, imponérsele las más duras que se consignan en el Código. Si á alguien deben imponerse, es á él.

\* \*

No acierto á decir cuánto más benigno y simpático encuentro al ladrón que penetra en una casa, que mata de una vez; al asesino emboscado detrás de una esquina, en acecho; al criminal más caracterizado, que á ese siniestro atormentador, que ejerce de verdugo tantos años, á la sordina, en la sombra sagrada de los lares domésticos, al amparo de la sociedad que entrega la esposa al esposo suponiendo, dando por hecho, que la entrega á un protector, á un compañero, y que sancionado el matrimonio no se atreve á asomarse siquiera á la puerta del domicilio, dentro del cual, sobre seguro y en secreto, se consume diariamente el atentado infame. ¡Veintidós años de presidio! En todo ese espacio no cabe el dolor, no cabe el horrible suplicio impuesto en un solo día por el cónyuge-verdugo á la esposa mártir, y confieso que no me satisface la ley porque calza unos guantes tan gruesos, que no tiene tacto, no mide la pena, distribuyéndola de tal modo, que lejos de dar satisfacción á nuestra sed de justicia, la exalta y la convierte en frenesí.

\* \*

Un periodista, por un delito de imprenta, sufrirá presidio doce años. Un burgués pacífico, una persona decente, que ve cometer demasías á un agente de la autoridad y lo reprende en tonos más ó menos violentos, se expone á no sé cuántos años de presidio, por desacato. Y al marqués de Sade, casero, que antes de compartir el tálamo con su esposa la ataba á los travesaños de hierro y la cruzaba á vergajazos ó la aplicaba á las carnes la badila incandescente; el que—¡oh ultrajada naturaleza!—llamaba á inocente criatura y exigía que sobre la frente materna, en lugar del beso de amor, imprimiese el estigma de una herida que hace brotar la sangre; á ese hombre que se dedicaba á discurrir, como si estuviésemos en el siglo XII, arbitrios para encerrar é incomunicar á una mujer en una habitación de ventanas clavadas, semejante al trágico aposento donde por orden de Felipe II se vió recluida la princesa de Eboli; ese torcionario que todas las noches repetía, al oído de su esclava: «Tienes de vida hasta tal fecha, prepárate,» se le da por bien castigado con veintidós años de presidio, probablemente recortados por algún indulto que gestionará algún cacique, y que costará la vida á la esposa, pues la libertad del criminal es para el inocente decreto de muerte.

Quien gestione el indulto de ese hombre, cooperará á la obra del atormentador casero. La víctima despertará de su intranquilo sueño evocando todos los sufrimientos pasados, reviviendo la atroz vida y creyendo ver entrar por la puerta á su verdugo. Será, cada mañana, el despertar del sentenciado, que cree que van á decirle: «Ármate de valor, ha llegado la hora.»

Si yo hubiese podido meterme en el cuerpo del fiscal, diría á los encargados de aplicar la pena lo que dijo Víctor Hugo en un verso célebre:

«Tu veux tuer cet homme avec tranquillité.»

\* \*

He visitado ayer el taller de Sorolla en su nuevo estudio de la calle de Miguel Angel.

Sorolla es un infatigable luchador y un artífice de sí mismo, un Labrador de sus admirables facultades. He notado que en nuestro ambiente es común la disposición y raras la constancia y voluntad de sacar partido de ella. No digo que abunden artistas dotados como Sorolla, ni que sea fácil siquiera contarlos por los dedos de la mano; pero es muy cierto que, reuniendo verdaderas dotes, muchos artistas, en vez de desarrollar lo que llevan dentro, se diría que se han agotado al exprimir el iugo con que hicieron su primer obra.

Sorolla prefiere á todo el paisaje, la amplitud de la naturaleza, que tantas veces ha interpretado del modo magistral que sabemos. Imposiciones del ambiente le obligan á dedicarse á otro género, al retrato. La sociedad cría retratistas, aun hoy, en estos tiempos de platinotipias y postales. La demanda de retratos ha estimulado á Sorolla, y le ha descubierto á él mismo—acaso no lo supiese—que es retratista, como es paisajista, que tiene para el retrato la capacidad, la fuerza, el músculo, y que llegar á dominar, en sus artificios, ese aspecto del arte, es cuestión de proponérselo. Si prosigue subiendo como este año ha subido, acabará por ser retratista incontestable, á su manera, castizo y fuerte.

En el taller, terminados ó próximos á terminarse, y sin saber todavía si figurarán en la Exposición ó serán remitidos á los Estados Unidos para exponerlos también, he visto los retratos de Aureliano Beruete, padre (el eminente paisajista), y de Aureliano Beruete, hijo; el del conde de Casal; el de Mérida el arqueólogo; el de Franzen el fotógrafo; el de la actriz señorita Brú; el de la esposa del autor; tres grupos de sus niños (uno de ellos el llamado de «la familia,» donde figuran hijos y padres, y la cabeza de Sorolla se refleja en un espejo, con graciosa triquiñuela artística que recuerda las Meninas). En todos estos retratos, la genialidad de Sorolla se manifiesta brava y ardiente, enemiga de convencionalismos, buscando la dificultad de la luz para vencerla y tragársela, si así puede decirse. En algunos, como el del joven Aureliano Beruete, se observa mayor transigencia con los gustos del público; en el de la esposa del autor se nota una evolución hacia la poesía y la delicadeza que no sospecharíamos en el Sorolla violenta y crudamente realista de hace dos ó tres años; pero en el de Mérida, á mi ver el más hermoso y recio de toda la serie, se afirma la personalidad de Sorolla, y se sacia su anhelo de verdad, hasta un punto que hace de tan breve página un tesoro.

\* \*

En cada uno de estos retratos que acabo de nombrar, hay algo que sorprende, considerado como trozo de pintura. En el de Beruete padre, la cabeza; en el del hijo, la ropa; en el del conde de Casal, una mano que recoge amplia capa de uniforme palatino; en el de la señora de Sorolla, una mano también, bañada de luz y ensortijada, una monería; en el de Mérida, otra mano (las manos son el escollo de los retratistas y aquí son un triunfo); en el de los hijos del pintor, una figurita entera de niño, asombrosa, que se dirige hacia el espectador con el aspecto de vida que sólo presta un pincel maestro; en el de Franzen, una expresión que habla.

En el fondo del taller, el grupo de dos retratos más, de fiel parecido y aparatosos: el de la reina madre y el del rey, en pie, de cuerpo entero y cogidos. Creo que al Ministerio de Estado se destina este grupo, y llena perfectamente la indicación del género: es espléndido y grave; la posición de los dos rejos modelos respira la dignidad del rango y esa rigidez afable que se adopta en besamanos y audiencias: la vestidura de la reina es de una elegancia severa, de un gris luminoso; y la nota fastuosa del trono, flanqueado de sus dos leones, completa el conjunto.

Siempre en arte la psicología del individuo dará base para el estudio más hondo; y sea en el busto de mármol, sea en el retrato, sea en el diseño dramático de un carácter, sea en la honda queja personal de una poesía lírica, se podrá colmar la medida de la belleza y llegar á cuanto se llegaría por otros caminos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tengo que dar una óptima noticia á las dueñas quintañonas que conservan ilusiones tenaces: tengo que enterarlas de que la hermosura se vende, y que relativamente por poco dinero pueden salir al redondo frescas y rozagantes como en sus treinta.

Algo parecido á lo que voy á contar ya se practicaba, con el brillante resultado que nadie ignora; sólo que en todo se progresa, todo lo transforma la ciencia, llamada á disipar las tinieblas, á revelar los arcanos, á dar solución á problemas tenidos equivocadamente por insolubles. La madre Celestina, de clásica memoria, de literaria tradición, conocía infinidad de mudas, cosméticos, aguas olorosas, tatarretes de destilaciones é infusiones, colirios, pomadas, aderezos para el rostro y para otras facciones del cuerpo; sabía de drogas y adobos la madre Celestina, encubridora, zurcidora y embaidora profesional; pero al cabo, aquello era ingenuo, la infancia de un sistema; ahora las cosas van por lo serio, por lo profundo y lo que ostenta el marchamo de la Facultad. Dulcamara ha ascendido y se adorna con el birrete y borla de auténtico doctor.

\* \*

Por correo se están recibiendo en los tocadores de Madrid los anuncios del «Instituto de Belleza.» Al frente figura una circular que nos informa de que este Instituto es sucursal ó apéndice del existente en París.

Trátase de un servicio montado y organizado para el cuidado y conservación de la susodicha belleza mediante abonos mensuales.

Se promete á las parroquianas que encontrarán en el Instituto una dirección competentísima, un personal serio, competente también y discreto por añadidura, y que los procedimientos empleados son, qué caramba, altamente científicos. ¡Cómo no! Y se premia á las damas para que se precipiten á cubrir el boletín de adhesión, porque sólo cincuenta pueden admitir, y la que se descuide, sin abono y sin belleza se queda; eso.

Por el módico dispendio de 75 pesetas mensuales se tiene á domicilio á los magos, que se encargan de dispensar los siguientes beneficios:

Cuidar y conservar la belleza, según el sistema del doctor... (Suprimo el nombre, porque esto no es reclamo, sino exclamo.)

Cuidar pies y manos, cortar uñas, extirpar excrescencias, bruñir, pulir, tijeretear...

Dar consulta sobre estética ó (*sic*) última moda en peinado, tocado, etc. (el *etc.* es muy sugestivo).

«¿Y puede saberse—preguntará una discreta lectora—en qué consiste ese cuidado y conservación de la belleza?» ¡Ah, lectora amiga... de saber! Algo, aunque no mucho, rastreamos los profanos de tal intrín-gulis. En el fondo de ese misterio vemos delinearse la silueta archiclásica de la madre Celestina consabida; y guardadas las distancias que el curso del tiempo obliga á guardar, no parece sino que revive la buena bruja, con su variado surtido de ungüentos, agüillas, cocimientos y afeites. Ahora se llaman «saquillos de belleza, de frescura, de blancura ó concentrados, según la piel de la persona;» «agua de juventud, para empleo diario;» «agua vegetal, para cortar el agua de lavarse;» «manos de prelado, producto especial para blanquear y suavizar las manos,» y amén de estas blandurillas y recetas, «baño facial, tres veces por semana;» «sesión de masaje, diaria,» y no sé si algo más de secretos maravillosos.